

nacion las reiteradas proposiciones de capitulacion que por entonces le dirigió el vencedor, tornó á organizar sus huestes y á provocar el combate.

En tanto que aquel infeliz príncipe hacia, con asombro del enemigo, aquellos últimos esfuerzos de resistencia, que bien pudieran compararse á las convulsiones de un moribundo, el hambre reinaba con todos sus horrores en el arrabal adonde se habian retirado los vencidos.

Veíanse de continuo vagar por las calles famélicas turbas de mujeres y niños, cuyos llantos y gemidos desgarraban el corazon.

Sus ayes lastimeros se confundian con los que exhalaban algunos heridos, que acercándose al ilustre conquistador, le decian en medio de la mayor desesperacion:

—¡Ah, capitán Cortés! Puesto que eres hijo del sol, y este astro dá vuelta al mundo con tanta brevedad, sé diligente como él y acábanos de matar. De este modo iremos á descansar y á reunirnos con el gran Quetzalcoal, que nos está esperando!

En presencia de tantas desventuras, se sentian conmovidos los españoles, y ni la aureola del triunfo bastaba á amortiguar la pena que pesaba sobre su alma.

Capítulo CXVI.

Una mirada retrospectiva.

Nuestros lectores, que conocen ya el carácter y el empuje de los mejicanos; que han tenido ocasion de apreciar la energía, el valor, la decision que en tan alto grado poseia Guatimozin; que saben los grandes elementos con que contaban para oponerse á una invasion, porque gracias á sus correos y á otros recursos que le proporcionaba el estado de civilizacion en que se hallaba, la ciudad imperial tenia exactas noticias respecto á la situacion en que se hallaban los extranjeros; habrán extrañado, primero, que desease la paz; segundo, que habiendo triunfado entre sus consejeros el partido de los que á toda costa querian decla-

rar la guerra, y estando todos resueltos á defender á Méjico, se hubieran dejado dominar por los españoles, á pesar de las numerosas tribus que podían auxiliarles.

Esto merece explicaciones, y vamos á darlas.

Dios libre á nuestros lectores de que una mujer quiera vengarse de ellos.

Guatimozin quería la paz, porque gracias á sus emisarios, supo que Inhijambia trabajaba activamente para allegar alianza á los españoles.

Poderoso enemigo es una mujer de bella tez, pálida, de ojos negros y lánguidos, de talle flexible, de cuello delgado, de diminuto pié y afligranada mano, de mórbidas formas, de abultado seno, que emplea todos estos encantos y su talento en vengar el desprecio con que ha pagado su amor un desdeñoso amante.

Con tales elementos allana todos los obstáculos y hace comprender al objeto de su venganza su imprudente conducta, por haber sido sordo á sus sueños de amor.

Guatimozin recordaba, en efecto, que al terminar la escena que tuvo con Inhijambia despues de la muerte de Quetlahuaca, le habia jurado esta pagar su desvío con la destruccion de su imperio.

—Los españoles,—exclamaba el emperador,—pacificarán la paz con todas las tribus que quieran admitirla bajo cualquier condicion. En el momento oportuno dominarán á sus aliados. Cuando estén seguros de que ninguna tentativa pueden hacer contra ellos, caerán sobre Méjico, y mi derrota será segura, no contando con el auxilio de mis provincias tributarias.

Es preciso evitar una lucha desastrosa; es preciso trabajar en favor de la paz, porque nuestra resistencia sólo serviría para que una vez vencidos por los extranjeros, se ensañasen estos y cometiesen todo género de tropelias.

A decir verdad, no eran sólo las razones de Estado las que le aconsejaban desechar la guerra.

Vivia alejado de su esposa y de su hijo, á quienes amaba entrañablemente, y su separacion le sumía en profunda desesperacion.

Su recuerdo no se apartaba un instante de su mente, y al contemplar las desgracias que sobrevendrían á aquellos seres queridos si perecía en la lucha, agravaba más y más su tristeza.

Para distraer sus penas, se paseaba silencioso durante la noche por los solitarios jardines de su palacio.

Procuraba entregarse á la resolucion de las complicaciones políticas; pero al fijar sus ojos en el cielo le parecia ver en los luceros los ojos de su hijo, en el plateado y melancólico resplandor de la luna la mirada tierna y cariñosa de su esposa Guacalcinla.

Acariciaba entonces mil proyectos para el venturoso instante en que volviera á su lado, y se extasiaba ante tan dulces ensueños, que devolvían la paz á su atribulado corazon.

Pero frecuentemente le sacaban de estas meditaciones las alarmantes noticias que de todas partes del imperio le traían los mensajeros que tenia en movimiento.

Unas veces le decían que los españoles sometían á su obediencia poblaciones importantes de las que se hallaban camino de Méjico.

Otras que engrosaban sus filas tribus importantes.

Añadian, por último, que construían activamente formidables naves; y todo le hacia creer que muy en breve iba á trabarse una lucha sangrienta, horrible, espantosa.

Por estas razones hizo cuanto pudo para preparar la paz, hasta el dia en que, reunidos en consejo todos los altos dignatarios de la córte, la opinion general fué que se rompieran las hostilidades con los invasores.

Habian osado algunos decir que sus tendencias á la conciliacion tenian por origen un principio egoísta; que obedecía al recuerdo de su tranquilidad perdida, de sus goces del hogar, á los que sacrificaba el amor á la independencia de la pátria; y queriendo dar un solemne mentís á estos rumores, se consagró con toda su alma á preparar lo necesario para la guerra.

Dotado de un juicio sólido y una consumada prudencia, sabia que Cortés no desistiría de su empeño mientras pudiese contar con un solo soldado, y mucho ménos teniendo ya por aliados muchos caciques.

Su primer cuidado fué poner la capital en estado de defensa.

En tanto que fortificaba la ciudad con todas aquellas obras de que eran capaces sus súbditos, los agen-

tes de Inhijambia recorrian las ciudades, sublevándolas en favor de Hernan Cortés, y asegurándoles que una vez destruido Méjico, cesarian de pagar el ominoso tributo que pesaba sobre ellas.

—¡Ah!—se decia la bella india, ultrajada por el desprecio de su amante.—Ha despreciado mi cariño, se ha atrevido á clavar en mi corazon un dardo emponzoñado, recordándome la dicha que disfruta con el amor de Guacalcinla. Yo haré que la destruccion del imperio amargue sus felices dias; yo haré que la guerra le tenga alejado de los seres queridos de su corazon. Que experimente las penalidades que yo sufro, viéndome privada de las caricias del objeto á quien adoro; que se despierte en su corazon el odio que yo siento al ver pasar mis mejores años sola, mística, angustiada, sin tener á quien confiar mis penas, sin hallar con quien compartirlas, sin tener á quien volver los ojos para enjugar mis lágrimas.

Y cuando Inhijambia se entregaba á estos pensamientos, sus hermosos ojos brillaban con resplandor siniestro, acariciando el momento en que pudieran realizarse sus proyectos de venganza.

Los obras de fortificacion de la ciudad continuaban en tanto con febril actividad.

Pronto iban á terminarse, y Guatimozin deseaba ya el instante en que pudiera medir sus armas con los extranjeros.

Por entonces se supo la primera victoria que habian obtenido los españoles, y cuando se disponia Guatimozin á ponerse al frente de su ejército para com-

batirlos, se presentó en el palacio un emisario que pedía con urgencia verle.

Venia de parte de Guacalcinla, y su agitacion revelaba que era portador de una mision dolorosa.

Al verle el emperador no pudo ménos de estremecerse.

—¿Qué nueva desgracia vienes á anunciarme?— le preguntó.

El emisario nada contestó.

Abundantes lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, y la emocion ahogaba la voz en sus lábios.

Su silencio aumentaba el temor de Guatimozin.

—Habla, mi fiel servidor: ¿qué sucede? Acaso Guacalcinla... Tal vez mi hijo...

—Señor, mi señor, gran señor,—dijo el criado, haciendo un supremo esfuerzo,—pedid valor á los dioses para soportar las penas que os producirán mis palabras. Vuestra esposa os suplica que lo abandoneis todo y corrais á su lado. Vuestro hijo está postrado en el lecho del dolor.

En vano se le han aplicado las yerbas más saludables: su respiracion es cada vez más difícil; su mirada, vaga, triste, indecisa, indica que su espíritu se apaga. Sus dias están contados, y si quereis verle antes de que exhale el último aliento, seguidme al punto. Tal vez llegueis á tiempo de impedir otra nueva desgracia, porque el estado de vuestra esposa inspira serios temores á todos.

—Sí, sí—dijo Guatimozin, abismado bajo el peso de aquella nueva catástrofe,—no hay tiempo que per-

der... Vamos, vamos allá... Yo quiero ver á mi hijo, quiero recibir su postrer aliento... quiero ver á mi esposa.

Y al decir esto recorria á pasos agigantados la habitacion, y en la exaltacion de su mirada se veia que su razon empeza á extraviarse.

Al cabo de algunos minutos de terrible lucha:

—¡Ah!—exclamó.—¡Que los dioses no permitan que obedezca los impulsos de mi corazon! ¿Acaso puedo separarme de mis vasallos en la víspera del combate? De ningun modo. No faltarian almas mezquinas que interpretarían mi marcha como un pretexto para esquivar los peligros de la lucha. Habria tambien quien viera en este paso mi deseo de no romper las hostilidades con los extranjeros, y el recuerdo de que yo opinaba de este modo en el consejo que tuvo lugar hace poco, les haria suponer que proyectaba que prevalecieran mis ideas, y es posible que se atreviera alguno hasta á calumniarme, suponiéndome en inteligencia con Hernan Cortés.

Prefiero la muerte antes de que tal crean. Mi resolucion es irrevocable; no partiré.

Pero al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, el recuerdo de su moribundo hijo absorbia todo su pensamiento.

—¿Y qué me importa,—añadió de pronto,—el juicio que de mí puedan formar mis vasallos? ¿No he demostrado en cien combates que no me arredran los peligros? ¿No saben que he hecho los mayores sacrificios por mi patria? ¿Qué me queda en el mundo, si

pierdo al hijo de mi corazón, si su madre sucumbe ante el peso de esta desgracia?

Y como si temiera variar la resolución, salió precipitadamente de la estancia, y fué á buscar á uno de los más esforzados guerreros del imperio, en el que tenía gran confianza.

Después de explicarle los motivos que tenía para dirigirse á Tacuba, despojándose de las insignias reales y entregándoselas á su amigo:

— Ponte al frente del ejército, — le dijo. — Los dioses no permiten que muera defendiendo la independencia de mi patria. Pero tú me reemplazarás dignamente; conozco tu valor, y sé que sucumbirás y todos los que te acompañen, antes que doblarte al yugo extranjero. Sean las plumas del casco que te entrego la enseña que sigan los valientes; que las vean chamuscadas por el fuego del enemigo, pero nunca holladas por sus infames plantas.

Y un momento después, sin más compañía que el fiel servidor que había enviado Guacalcinla, abandonó la ciudad de Méjico y se dirigió cautelosamente á Tacuba.

Su guía le encaminó por unos senderos que conocía que acortaban poderosamente la distancia que mediaba entre la ciudad imperial y la en que se hallaba Guacalcinla y su hijo.

Continuaban silenciosos por aquellos atajos, y Guatimozin, preocupado por los tristes pensamientos que ocupaban su mente no se apercibió de que subidos en unos árboles había ocho indios que acechaban

el momento de que se aproximase para caer sobre él.

En efecto; un momento después de pasar junto á ellos bajaron estos de su escondrijo, y sujetándole todos á un tiempo:

— Dáte preso ó mueres, — le dijeron; — vas á ser conducido á presencia del tlatoani de los españoles.

— ¡Miserables! — exclamó Guatimozin fuera de sí, haciendo supremos esfuerzos para desasirse de ellos; — matadme si quereis; pero no echeis ese borron sobre mi honra.

Pero sus opresores, sin contestar una palabra, le amarraron fuertemente y le condujeron casi arrastrando hasta una cueva, cuya entrada cerraron con una enorme piedra.

Aquellos indios eran aliados de Cortés, y recorrían las inmediaciones para saber la actitud de los mejicanos.

Cuando se llevaron prisionero al monarca, les siguió á respetuosa distancia otro indio.

Era aquel un mejicano, que al saber iban á romperse las hostilidades con los extranjeros, había huido, porque era muy cobarde, á refugiarse en el bosque.

Reconoció al emperador á las primeras palabras que pronunció, y considerándose impotente para salvarle en aquellos momentos, creyó, sin embargo, que averiguando dónde le conducían, y corriendo á Méjico á llevar la noticia, podría librarle de su cautiverio, y entonces le perdonarian su desercion en gracia del servicio que prestaba.

Apenas vió internarse en la cueva á Guatimozin, corrió á realizar sus propósitos haciendo señales en los árboles que rodeaban la prision para reconocer el sitio con más facilidad.

Desgraciadamente, no pudo llevar á cabo su propósito.

Llegó en ocasion en que los españoles ocupaban ya la ciudad de Méjico, y cayó en poder de los espías que tenian distribuidos en todas las avenidas.

¿Cuál fué la muerte de Guatimozin?

¿Qué resoluciones tomó el caudillo vencedor?

¿Que habia sido de Marina?

Las respuestas que exigen estas preguntas, y la narracion de otros sucesos muchos más importantes que completan la accidentada vida de Hernan Cortés, las hallarán nuestros lectores en el siguiente tomo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

NOTAS DEL TOMO TERCERO.

(A) *Joloxochitl* significa *flor del corazon*, ó segun otros, *flor del amor*. Es la más fragante de cuantas flores indígenas mencionamos aquí. El arbusto que la produce es alto, las hojas ásperas, la flor blanca con el centro nacarado: cerrada figura una estrella, y abierta un corazon.

(B) *Flor del tigre*; llámase así por la semejanza que tienen sus colores con la piel de la expresada fiera.

(C) Fué Motezuma príncipe de raras dotes naturales, de agradable y majestuosa presencia, de claro y perspicaz entendimiento, faltar de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas.

Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y despues le dió entre los extraños la opinion más venerable de los reyes.

Tenia el genio y la inclinacion militar, entendia las artes de la guerra, y cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su córte

Ganó por su persona y direccion nueve batallas campales; conquistó diferentes provincias y dilató los limites de su imperio, de-